

VALOR INTERPRETATIVO, DE LA OBRA DE MARX Y ENGELS APLICABLE A LA REALIDAD DE AMERICA LATINA

Sergio Bagú

1. Introducción

Como todo lo que se refiere a Carlos Marx y Federico Engels se encuentra envuelto en un clima de equívocos y aguda polémica, a menudo insustancial, debo aclarar que aquí hablaré exclusivamente de la obra escrita y de la correspondencia conocida de ambos. No me referiré a ningún otro autor considerado marxista ni, mucho menos, a partidos políticos ni a grupos o tendencias.

Desde el fallecimiento de Marx en 1883 y el de Engels en 1895, la obra de ambos —una sola obra con dos autores— ha ido atravesando periodos de olvido casi absoluto y de aceptación generalizada; matizados siempre con actitudes de reverencia extrema y de horror. Cada una de estas oscilaciones tiene su propio sentido histórico, que puede no relacionarse sino lejanamente con el contenido conceptual de la obra.

El movimiento obrero británico se desarrolló desde mediados del siglo xx casi sin contacto con estas ideas, a pesar de que Marx vivió mucho tiempo en Londres y allí escribió la parte fundamental; pero, en cambio, esas ideas tuvieron presencia importante en el movimiento obrero y en la intelectualidad radical de muchos países del continente europeo.

En América Latina su destino ha sido variado. En México, alcanzaron importancia en el movimiento obrero hasta finalizar la presidencia de Cárdenas. En Perú, Chile, Argentina, Bolivia y Uruguay la tuvieron en varias etapas del siglo xx. En cambio, desde la década de 1941 han carecido casi por completo de presencia en los movimientos obreros de México, Venezuela y Argentina.

En los ambientes universitarios de Europa occidental, Estados Unidos y América Latina, Marx y Engels fueron desconocidos o burdamente tergiversados, en general, hasta después de la segunda guerra mundial, pero en los años que le siguieron sus ideas tuvieron allí la más activa presencia.

En los países de habla española, después de 1945 y hasta hoy mismo han tenido circulación masiva las traducciones de casi todo el enorme material escrito que dejaron. Algunas de esas versiones son trabajos notables, muy particularmente las firmadas por Wenceslao Roces y Pedro Scaron. Este dato es importante, porque el lector culto de América Latina tiene hoy fácil acceso a las mejores traducciones de toda la obra al español, francés e inglés y, en menor medida por el limitado conocimiento de la lengua, a los originales en alemán.

En los ambientes relacionados con las ciencias sociales, las ideas de estos pensadores tuvieron, en general, amplia gravitación a partir de 1950. Fue entre intelectuales con militancia política donde prendieron las polémicas más encendidas —y generalmente más estériles— en torno a lo que Marx y Engels dijeron, no dijeron, pudieron haber dicho, o quizá pensaron decir.

En Italia, las ideas de Marx y Engels se incorporaron vigorosamente al universo de la creación cultural y de la polémica obrera y política desde poco después de finalizar la Segunda Guerra Mundial. En España el panorama fue distinto. En la última etapa del franquismo e inmediatamente después se formó una generación de estudiosos que absorbió con inteligencia muchos aportes de los dos clásicos y produjo obras de valor en varias disciplinas sociales, pero en los años más recientes se advierte una línea decendente en la adhesión teórica.

En 1983, cuando se cumplió un siglo del fallecimiento de Marx, Willy Brandt, presidente entonces del Partido Socialdemócrata de Alemania Federal y presidente también de la Internacional Socialista, después de evocar con palabra equilibrada y respetuosa la obra de aquél, observaba que los nuevos movimientos sociales que surgen en varios países europeos no están inspirados en el marxismo. Se refería, preferentemente, a los ecologistas, los estudiantes y los jóvenes en general. Aunque no es fácil generalizar, mucho de cierto existe en esta observación.

En Francia hay una distancia apreciable en el contenido ideológico del movimiento estudiantil de 1968, fuertemente inspirado en Marcuse —cuyas primeras raíces filosóficas se remontan a los

textos de Marx y Engels— y el pujante movimiento de 1986-87, que no parece haber tenido referencia histórica alguna.

En varios países sudamericanos que han padecido recientes y prolongadas dictaduras militares brutales, extremadamente destructivas en los terrenos cultural y psicológico, y en Chile —que aún la padece— el regreso, real o posible, a la convivencia civilizada se caracteriza, en los medios culturales y políticos, por una afirmación de valores democráticos que no incluyen un reverdecer socialista ni un interés especial por la obra de Marx y Engels.

2. Ideas, clases y dictaduras

Estos hechos que estoy observando deberían presentarse con mejor sentido metodológico para extraer de ellos alguna conclusión válida. Pero mientras llegue el momento de hacerlo, podría agregar aquí otros elementos que enriquezcan la comprensión del momento cultural que estamos viviendo en América Latina.

Para que pudieran resultarnos más útiles, tendríamos que agrupar los datos en función de cuadros con mayor contenido sociológico. En España, por ejemplo, sería necesario observar que entre el último gobierno republicano en 1939 y el renacer democrático iniciado en 1975 desaparece, prácticamente por completo, el anarquismo, que había sido expresión de una parte importante de la clase obrera y de la intelectualidad. Es probable que haya que buscar la causa, en primer término, en la represión y, posteriormente, en el importante desarrollo industrial, que formó un nuevo proletariado, así como en algunas transformaciones culturales registradas en los últimos años de la dictadura franquista.

En Argentina, la política económica del último régimen militar iniciado en 1976 consistió en destruir gran parte de la extensa planta industrial desarrollada desde 1958 aproximadamente, lo que redujo al proletariado industrial en muy alta proporción. Después de 1945 en ese país las ideas marxistas ya no tuvieron penetración en la clase obrera, como sí la habían tenido desde fines del siglo xix. Todo el importante proceso de creación de una vasta industria de bienes de consumo —la más diversificada hasta entonces en América Latina— con siderurgia y petroquímica se realizó sin que el nuevo proletariado industrial tuviera contacto con las fuentes marxistas y sin que se formara una intelectualidad paralela que se inspirara en ellas.

La destrucción cultural dirigida por los gobiernos militares en América del Sur alcanzó varias proporciones. En Brasil, Uruguay, Argentina y Chile —y en Chile todavía hoy— desde la enseñanza primaria el estudiante fue educado en el horror de las ideas democráticas y revolucionarias. Todos los textos de Marx, Engels y numerosos autores nacionales y extranjeros fueron retirados de las bibliotecas y de las bibliografías de los cursos secundarios y universitarios. En Argentina y Chile se quemaron públicamente las obras de muchos autores. Mencionar a un autor prohibido, ya fuera del aula o en un escrito, implicaba un riesgo físico. Este procedimiento no sólo genera ignorancia sino reflejos condicionados de supervivencia que siguen funcionando después de desaparecer el último gobierno militar.

3. Análisis y polémica

Podríamos extender mucho más este recorrido por un pasado inmediato para comprender mejor ciertos cambios culturales recientes en los países latinoamericanos. Pero, aunque no lo hagamos ahora, tendríamos que mencionar hechos contemporáneos.

La teología de la liberación es una de las corrientes de ideas de mayor alcance transformador en la historia cultural de América Latina en los últimos veinte años, por su contenido intrínseco y por el ámbito cristiano y eclesial en el que nace y se expresa, lo cual le ha permitido canalizar un sentimiento popular profundo en Nicaragua y otros países latinoamericanos.

En varios países latinoamericanos, por otra parte, en los últimos treinta años aproximadamente ha habido un progreso francamente importante en la capacidad de análisis dentro de los parámetros de las ciencias sociales. Si hiciéramos una evaluación comparativa, es probable que llegáramos a la conclusión de que en muchos capítulos de las ciencias sociales América Latina se equipara hoy a Estados Unidos y Europa occidental, quizá tanto en sus logros como en sus limitaciones.

Algunos de los datos que estoy presentando aquí pueden parecer contradictorios, pero debe tenerse en cuenta que hablo de un conjunto continental muy amplio cuyas generaciones y cuyos sectores culturales atraviesan etapas disímiles.

Tendríamos, asimismo, que ubicar las distintas corrientes de

ideas sobre un mapa de las estructuras sociales cambiantes de los lustros recientes. La intensidad de la polémica asciende o descende e inclusive se modifican los contenidos de ésta según los grupos sociales participantes, incluyendo los generacionales.

Hay otros condicionantes de la polémica contemporánea que contribuyen a hacer mucho más complejo su planteamiento. Quisiera aquí mencionar dos o tres porque inciden bastante directamente sobre nuestro tema.

Así como en los países azotados por dictaduras militares prolongadas desaparecieron en los medios universitarios las obras de Marx y Engels y se prohibió, expresa o implícitamente, mencionar sus nombres, en los otros países que se libraron de la epidemia el saludable y fácil acceso a esas obras estuvo acompañado por una gran difusión de manuales y esquemas. Un manual, desde luego, puede ser un excelente instrumento didáctico, como así también un buen esquema puede cumplir un objetivo docente útil. No se trata de condenar ni el manual ni el esquema por sí mismos. Condenables son los manuales y los esquemas que transforman un pensamiento complejo, creador y altamente dinámico en cuadros elementales y rígidos.

Esto último es precisamente lo que ocurrió en gran escala. Por la vía de los manuales o el material de cátedra circuló torrencialmente un esquema de los modos de producción que se transformó en panacea universal porque en dos páginas resumía toda la sabiduría de Marx y Engels y permitía explicar el pasado y adivinar el porvenir de cualquier país.

En algunos sectores más exigentes, el concepto de formación socio-económica permitió comprender que las cosas no eran tan elementales, porque lo frecuente en el pasado y en la actualidad, según la interpretación corriente que se hacía, era la coexistencia de varios modos de producción.

En relación con estos esquemas se deslizó simultáneamente el debate sobre la interpretación del pasado latinoamericano a partir del feudalismo o el capitalismo. Esta polémica generó los fuegos más intensos y consumió torrentes de energía y millares de horas. Salvo un pequeño margen de búsqueda respetable, ha sido un penoso episodio de rutina y desinformación.

Como todo este esfuerzo por lograr lo inútil —que ya parece encontrarse en su escena final— se hizo en nombre de Marx y Engels, es posible que la fatiga que produjo haya contribuido a acentuar el desinterés o la negación respecto de ambos clásicos

que se advierte hoy en algunos círculos en cuyas vecindades ocurrió, hasta hace muy poco, aquel encendido y estéril debate.

Hay algún residuo mágico en este tipo de polémica porque, más allá de los planteamientos con que se inician, actúa la seguridad de que basta la evocación de nombres y frases rituales para aclarar todas las dudas. Pero hay también un elemento político de valor inmediato: lo que a menudo se debate en realidad son posiciones coyunturales de partidos y grupos políticos que se protegen con dos nombres ilustres.

4. Realidades y refutaciones

Es fácil refutar el cuadro de los modos de producción considerados como etapas sucesivas, que circuló tanto en los cursos de marxismo y de ciencias sociales en las universidades latinoamericanas, pero esa es la victoria sobre el esquematismo mecanicista de algunos divulgadores, no sobre la obra escrita de Marx y Engels.

Mayor interés tendría, por ejemplo, el análisis que podría hacerse de la función histórica de la clase obrera según estos pensadores, desde el Manifiesto de 1848 hasta la actuación de Engels en el Partido Socialista Alemán después del fallecimiento de Marx. Este tema es de primera magnitud política hasta nuestros días, y sería necesario tratarlo reconstruyendo la evolución del pensamiento de ambos a partir de múltiples pasajes de sus obras y de sus cartas. Se podría comprobar que los planteamientos originales fueron incesantemente reexaminados a la luz de las nuevas experiencias que los dos iban acumulando.

Ha transcurrido un siglo desde que pusieron fin a la obra escrita y en ese lapso el mundo occidental, dentro del sistema capitalista, ha atravesado la segunda revolución industrial —apenas iniciada en los últimos años de la existencia de Marx— y ha cruzado ya varias etapas fundamentales de la tercera; el capitalismo ha experimentado crisis profundas y muy extendidas y ha encontrado nuevos caminos de reorganización; se han producido dos guerras mundiales y un sinnúmero de guerras menores, y muchos países de la periferia capitalista han entrado en regímenes socialistas de distintos tipos. Más aún: China y Vietnam, países socialistas, han sostenido entre sí incidentes militares fronterizos bastante graves, y China y la Unión Soviética han actuado

durante lustros como enemigos potenciales en una posible tercera guerra mundial.

Estos episodios han quebrantado algunas de las convicciones y de los pronósticos que podemos encontrar en la vasta obra escrita de ambos. Pero lo que debemos considerar inaceptable es que, a partir del reconocimiento de estos hechos, se quiera invalidar el conjunto de la obra y se proponga, como etapa de superación, una ideología de mucho menor alcance explicativo.

Me refiero a distintas propuestas que han surgido en América Latina así como en países europeos, con el destino expreso de reemplazar la teoría histórica de Marx y Engels, a partir del argumento de que los procesos posteriores a la segunda guerra mundial han demostrado su obsolescencia y sus errores.

5. Zonas marginales y tercer mundo

En el caso de América Latina, el planteamiento del problema tiene sus complejidades especiales. Por una parte, la divulgación de varios fragmentos de Marx sobre episodios de nuestros países ha revelado que no los comprendía. Algunas frases aisladas de Engels, donde usa la palabra *civilizados* para referirse a los países europeos industrializados —terminología muy común entre los autores de su época— hace pensar que estaba suponiendo que los países que hoy llamamos del tercer mundo no lo eran, graciosa hipótesis que sólo revela la persistencia de prejuicios eurocéntricos aún en mentalidades tan lúcidas como las de ellos.

La breve correspondencia de Marx con Vera Zassulitch en 1881, sobre la posible función revolucionaria de la comuna rural rusa, traduce en él vacilaciones explicables porque se le pedía un pronóstico político a partir de un tipo organizativo que él conocía sólo fragmentariamente.

Lo cierto es que el *mir* ruso —la comuna rural, a la que algunos contemporáneos atribuían un potencial revolucionario— era creación del poder zarista. Efectivamente, la emancipación de los siervos, iniciada con el edicto de 1861, requería un organismo institucionalizado que administrara la distribución de las nuevas parcelas entre las familias campesinas, muchas de ellas formadas por siervos emancipados el mismo año, y asegurara al poder zarista el pago puntual del precio que éste asignaba a las parcelas y, en general, todos los gravámenes que el Estado pudiera imponer pos-

teriormente al campesinado, sector de la población extraordinariamente numeroso. Esa comuna rural era una creación del Estado zarista, no una célula arcaica de *comunismo primitivo*, aunque es posible que en esas mismas regiones se conservara cierta memoria de antiguas formas organizativas comunales.

Este fenómeno del neoarcaísmo organizativo —que perservera en toda la historia del capitalismo y que sigue presente hoy, sobre todo en el tercer mundo— no fue previsto por los jóvenes autores del *Manifiesto comunista* de 1848, ni era posible ubicarlo dentro del esquema inicial de los modos de producción como etapas sucesivas. Se trata de un regreso a tipos organizativos elementales, que cumplen ahora funciones dependientes de la franja de expansión capitalista, o bien que actúan como unidades autónomas, pero a menudo generadas en procesos de decadencia en zonas marginales del perímetro capitalista.

Quienquiera que se proponga levantar un inventario de las imprevisiones de Marx y Engels podría llenar no pocas páginas, pero un empeño de ese tipo terminaría sin captar dos rasgos esenciales de sus personalidades como investigadores: su gran probidad intelectual y su invencible necesidad de nuevo conocimiento. Engels le dice a su amigo, poco después del fallecimiento de Marx, que éste estaba estudiando ruso para poder leer materiales originales sobre aquel extraño país del oriente europeo y, para iniciar la grande y nueva tarea que se proponía ya había acumulado más de un metro cúbico de estadística zarista. Así trabajaban estos dos sabios.

6. Modos de producción

En el número 11, el más reciente, del *Boletín de Antropología Americana* correspondiente a julio de 1986, importante publicación especializada del Instituto Panamericano de Geografía e Historia, que se edita en México, aparece un trabajo firmado por tres arqueólogos mexicanos: Manuel Gándara, Fernando López e Ignacio Rodríguez. Se trata de un trabajo de considerable valor documental, que bien puede interpretarse como testimonio de toda una generación de especialistas en un país que, como México, posee una colosal riqueza arqueológica.

El trabajo comienza observando que “hoy día casi todo mundo se considera *marxista*” (p. 5), a pesar de lo cual los autores inician su evaluación final reconociendo que “el hecho de que no poda-

mos contar con un solo caso de 'arqueología marxista es ya un comentario" (p. 12). Entre las múltiples observaciones que formulan sobre el estado de la especialidad, los autores presentan algunas críticas al sistema de enseñanza en la licenciatura respectiva.

¿Fracaso de un tipo de enseñanza? ¿Dificultad de traducir una teoría muy abstracta en términos metodológicos aplicables al análisis de casos concretos? Podría uno suponer, justificadamente, que la arqueología y la prehistoria son disciplinas demasiado alejadas de lo actual como para que los especialistas puedan valerse de ese mundo de conceptos muy genéricos que fluye de los millares de páginas impresas que dejaron Marx y Engels, aunque es verdad que el argumento de que las altas culturas precolombinas corresponden al modo asiático de producción ha sido sostenido con envidiable ardor y convicción. Pero quizá pueda un lector con memoria latinoamericana recordar que hubo un tiempo no lejano cuando se decía en los ambientes universitarios de varios países que el marxismo era estupendo como teoría, pero que el sociólogo marxista sólo podía hacer sociología práctica aplicando el método funcionalista y el economista de igual definición no podía sino aplicar la metodología cepalina en su trabajo de campo. Corrían los tiempos en que aquel esquema minúsculo del *modo de producción* había alcanzado en todas partes la categoría de un verdadero juramento profesional.

Los dos pensadores que construyeron la gran teoría palmo a palmo y a lo largo de medio siglo de incesante laboreo albergaron siempre más dudas y se imaginaron más problemas que quienes, mucho después, tan ocupados como estaban por los trajines profesionales, sólo tuvieron tiempo de leer esquemas de divulgación. "Para elaborar la teoría de los *modos de producción* era menester un conocimiento histórico vastísimo y una capacidad de abstracción excepcional. Esa teoría había comenzado a gestarse, cuando menos, un siglo antes de que nacieran Marx y Engels y es probable que éstos descubrieran la idea inicial en las páginas donde los iluministas escoceses hablaron del *modo de subsistencia*. Durante la juventud de ambos, ya en el siglo xix, los tipos organizativos globales y las etapas de evolución de toda la humanidad constituyeron, casi diríamos, una obsesión. Aún antes de Darwin, todo evolucionista —y sólo los teólogos no lo eran— ya fuera biólogo, historiador o economista, partía del principio de las etapas sucesivas de superación correspondientes a otras tantas formas

organizativas. Cuando Engels y Marx escribieron el *Manifiesto* de 1848 ya habían logrado elaborar un concepto más refinado y preciso que el de los escoceses del siglo xvii y el de la mayoría de los evolucionistas hasta ese año del xix.

Pero 1848 sería sólo el punto de partida en un incesante replanteo. Las cartas, los borradores y algunos textos definitivos revelan que el gran esquema inicial sufría correcciones frecuentes. No se trataba sólo del descubrimiento de nuevos datos históricos o nuevas formas contemporáneas en regiones lejanas, sino de esfuerzos teóricos de la mayor importancia.

Así, el *modo de producción* ¿es etapa dentro de una escala lineal o es matriz de organización? Y si es etapa, a la vez que matriz de organización, ¿es etapa inevitable o tiene cierto grado de evitabilidad?

El concepto de *formación socio-económica* era más complejo y, a la vez, exigía de los autores un esfuerzo imaginativo mayor. La *formación* nace de la coexistencia de *modos*, lo cual plantea problemas teóricos fundamentales: la relación dialéctica entre los *modos*, la preponderancia de uno sobre otros o bien la ausencia de preponderancia, el cambio incesante de contenidos por la misma interacción. Los dos autores se adelantaban así a varios de los problemas que se discutieron al hablar de las estructuras de la sociedad decenios más tarde.

Todavía quedaban por resolver otros problemas aún más complejos: si los *modos* se suceden dentro de la *formación*, ¿cómo se genera uno en el seno de otro? La verdad era que lo que Hegel podía aportar en materia realmente histórica era tan poco que mejor hubiera sido olvidar por completo sus páginas.

7. Del valor-trabajo al trabajo como creador

En 1884, un año después del fallecimiento de Marx, apareció el libro de Engels titulado *El origen de la familia, la propiedad privada y el Estado a la luz de las investigaciones de Lewis H. Morgan*. Era un homenaje al antropólogo estadounidense que les había abierto una temática nueva con un método interpretativo que consideraron muy cercano al que ellos mismos estaban desarrollando. Los estudios sobre la familia apenas comenzaban entonces y en alguna de sus cartas Marx llama la atención sobre su importancia.

La relación entre los tipos de organización familística y los tipos de control de los recursos naturales y de apropiación del instrumental productivo les llamó poderosamente la atención porque podían ubicar sus relaciones específicas dentro de los cuadros generales que estaban estudiando.

Lo que quiero recordar es que Engels se preocupó en el libro mencionado por reproducir minuciosamente el cuadro de las tres grandes etapas evolutivas expuestas por Morgan —salvajismo, barbarie y civilización— con sus respectivas subdivisiones y la ubicación precisa de las culturas prehistóricas conocidas entonces en los escalones respectivos. Uno debe preguntarse qué relación encontraba Engels entre el cuadro de Morgan y el de los *modos de producción*. La verdad es que parece casi imposible descubrir una relación y, si bien el cuadro de los *modos* resulta muy insuficiente, la clasificación de Morgan es totalmente inaceptable.

Quizá aquellos autores que menosprecian la participación de Engels en la teoría global que hoy llamamos marxismo —el de los fundadores— encuentren en este libro un buen argumento para sostener su tesis. Yo prefiero explicar esta obra, que es lúcida e importante en las partes referidas directamente a la familia, la propiedad y el Estado, como un paso menos afortunado a lo largo de una búsqueda incesante, que se compone de grandes aciertos, de rectificaciones y también de errores.

Había un camino diferente que los dos estaban explorando desde la juventud. Aparentemente, los *modos* fueron para ambos un gran hallazgo, porque les convencía de la presencia en la historia de una línea evolutiva que terminaría en lo que ellos esperaban, que era el socialismo. Pero su inquietud no se agotaba allí. El hilo conductor de la secuencia de los *modos* debía ser algo referido a una realidad específicamente humana, transformada por la acción de grandes formas organizativas perecederas. Más allá de los *modos* se propusieron descubrir el motor histórico de los *modos*.

La clave la encontraron en una idea cuya antigüedad en la cultura occidental no se puede ubicar, pero que comenzó a expresarse en forma específica en la teoría del valor-trabajo de los clásicos de la economía del siglo XVIII. El valor económico en las sociedades humanas está creado por el trabajo humano y ésta debe ser la tesis inicial de la teoría económica.

Hasta aquí, la idea que recibieron de autores anteriores y, además, de una experiencia que ya se estaba acumulando en la nueva problemática característica del capitalismo industrial. Pero

ellos llegaron mucho más lejos y fue Engels quien lo expresó por escrito.

En 1876, Engels comenzó a escribir un ensayo que nunca terminó. De esa tarea inconclusa queda un sólo fragmento, que tituló *El papel del trabajo en el proceso de transformación del mono en hombre*. Cuando Engels eligió el título se admitía corrientemente que había una línea evolutiva directa entre el mono y el hombre. Hoy se acepta, en cambio, que hubo un antepasado muy lejano de las dos especies que produjo dos líneas evolutivas con consecuencias completamente diferentes: una desembocó en el mono y a otra en el hombre actual. Hecha esta aclaración respecto del título, corresponde agregar que todo el texto, aún así inconcluso como está, no necesita ninguna otra rectificación de la índole que acabo de mencionar.

Según la tesis de Engels, en el desarrollo de la especie humana (un paleontólogo agregaría hoy las especies o subespecies inmediatamente anteriores a la del *homo sapiens-sapiens* que es la nuestra) el trabajo, a diferencia de lo que ocurre en otras especies animales, actúa como el gran agente que va rehaciendo las condiciones materiales de la existencia y, simultáneamente, la personalidad misma de los individuos, en un incesante proceso de interrelación transformadora. En otras palabras, el hombre actual va naciendo del trabajo incesante de las especies o subespecies que le precedieron en la escala evolutiva.

Si esta tesis fuera cierta, su consecuencia sería que el trabajo en las sociedades humanas, al ser el agente transformador por excelencia, es también el atributo más importante de la personalidad humana. Lo que corresponde es que el investigador reconstruya los grandes cuadros históricos que han generado las formas fundamentales de aplicación del trabajo en la producción de cosas, de relaciones sociales y de personalidad.

Esos grandes cuadros organizativos son, hasta el siglo XIX, las comunidades primitivas, la esclavitud, la servidumbre feudal y el salariado capitalista. Es obvio lo que sigue: las sociedades humanas, para continuar siéndolo, tendrán que aprender a liberar el trabajo humano de toda opresión para que pueda actuar como el agente transformador fundamental de la personalidad y de las relaciones sociales en un clima de civilización y libertad.

Magna tesis. Pero, ¿cómo probarla? La paleontología y la arqueología acaban de producir una prueba de la mayor importancia. Se trata de una prolongada investigación realizada en la caver-

na de Zukudian, en China. Los directores de esta investigación, los paleoantropólogos Wu y Lin, presentaron su informe final en inglés en 1983. Ignoro si hubo antes un informe en chino, como es muy probable.

La caverna de Zukudian estuvo ocupada en forma casi continua por seres inteligentes desde el año 460 000 hasta el 230 000 antes del presente; es decir, durante 230 000 años. Supongo que se trata del sitio de mayor ocupación casi permanente conocido hasta ahora en todo el mundo. Los seres inteligentes que habitaron la caverna pertenecían a la especie *homo erectus pekinensis*, uno de los escalones intermedios entre el australopiteco y el *homo sapiens-sapiens*.

En los estratos superpuestos de ocupación se han podido clasificar cronológicamente cráneos e instrumentos productivos. Hay una línea de continuidad y relación entre los dos tipos de restos materiales. A medida que se avanza en el tiempo los instrumentos son más refinados, más funcionales y más pequeños y, a la vez, los cráneos aumentan en capacidad. Esta llega en los estratos superiores a más de mil centímetros cúbicos, lo que significa un aumento de más de cien centímetros cúbicos con relación a los estratos inferiores.

¿Es ésta la prueba de la teoría de Engels, que es sin duda también de Marx? En la medida en que lo permite la forma en que trabajan las ciencias sociales, debemos opinar que sí, hasta que otros hallazgos y otros planteamientos teóricos convengan de lo contrario.

Lamentablemente, los autores de esta ponencia tan importante no mencionan a Engels.

8. Obsolescencias reales e imaginarias

Además de su aporte creador como interpretación, la obra de Marx y Engels constituye una síntesis del conocimiento que la cultura occidental tenía en materia social a lo largo del siglo XIX. Por eso se les debe considerar como dos clásicos de la cultura occidental. Este reconocimiento, indispensable para juzgar esa obra, tiene otras connotaciones.

Para evaluar bien su significado y su importancia hay que ubicarla en una senda de continuidad histórica. Nace en el seno de una cultura cuando ésta ya se encuentra fuertemente, aunque no

en una exclusiva, alimentada por el sistema capitalista industrial, en pleno desarrollo. El pensamiento de Marx y Engels forma parte de esa pequeña corriente de ideas, pero siempre desde un ángulo crítico.

Además de la capacidad excepcional que los dos tuvieron para asimilar el nuevo conocimiento contemporáneo, procedente de todos los campos de la actividad científica, el proceso histórico, que ambos vivieron con tanta intensidad, les enfrentó incesantemente a nuevas experiencias y a situaciones y conflictos inesperados. Algo tuvieron que agregar o rectificar en cada coyuntura.

Los caminos recorridos por las ciencias sociales durante el siglo transcurrido desde la desaparición física de Marx y Engels han sido muy largos y, en algunas etapas, muy fecundos. Los estudios sobre la familia, la demografía, la antropología cultural, la historia del nivel sanitario y la epidemiología, la geografía humana, el análisis del delito como fenómeno social, todos éstos y muchos más eran temas que apenas se insinuaban cuando Marx estaba redactando el primer tomo de *El capital*, aunque algunos habían tenido precursores ilustres en siglos anteriores. Menciono estos temas porque Marx y Engels recibieron con interés los primeros hallazgos referidos a cada uno de ellos.

Un párrafo aparte debo dedicar al conocimiento histórico, porque alimenta caudalosamente a todas las disciplinas sociales. Marx y Engels vivieron siempre actualizados en ese terreno y algunos de los análisis históricos que ellos hicieron son impecables. Por ejemplo, el planteamiento de la transformación rural en Inglaterra y Gales, que incluye el despojo de toda una clase social de pequeños propietarios, que Marx hace en el primer tomo de *El capital* puede considerarse un clásico del análisis histórico-social y, si quizá haya que introducirle algunas rectificaciones sería como consecuencia de importantes investigaciones muy recientes. Pero en muchos otros temas fundamentales, incluyendo los continentes menos conocidos por los europeos de su tiempo, la investigación histórica ha hecho progresos extraordinarios. Hay una buena proporción de nuestro conocimiento actual del pasado que aún no ha sido incorporada a la teoría de las ciencias sociales, porque hacerlo no es tarea fácil. Pero se incorporará, sin duda. Cuando eso vaya ocurriendo se conmoverán muchos de los cimientos de la teoría económica, la sociológica y la política de nuestros propios días.

Si admitimos esta realidad perderá por completo sentido la afirmación corriente de que la teoría de *El capital* no sirve ya para

explicar la dinámica del capitalismo industrial en la era de la energía atómica, la computación y los viajes espaciales. Lo que en realidad se ha quebrado estruendosamente en los últimos años son una teoría y un cálculo económico basados en el principio del equilibrio del mercado, que sólo ha logrado construir utopías inexplicables.

Claro está que el hecho de que gran parte de la teoría económica global que se enseña en las universidades de occidente sea un producto cultural de calidad inferior no garantiza que la que se enseña en las universidades de los países socialistas posea mejor calidad. Lo que sí estamos en condiciones de afirmar es que el conocimiento acumulado hasta nuestros días por la investigación histórica y, en medida menor, por la investigación en todas las otras disciplinas sociales es ya de tal magnitud que nos encontramos en el prólogo de una transformación teórica radical.

9. Conocimiento y teoría

La conclusión no es más que la síntesis de lo ya dicho. En el pórtico de una transformación tecnológica radical, cuando el debate se está acercando al núcleo del problema histórico, que es la verdadera supervivencia como naciones de gran parte del tercer mundo, los latinoamericanos tenemos elementos claros y valiosos para adoptar una posición frente al debate abierto acerca del valor interpretativo que la obra de Federico Engels y Carlos Marx tiene para comprender la problemática contemporánea de América Latina.

En primer término, frente al argumento de la obsolescencia de la obra para explicar las transformaciones tan radicales de nuestra era, cuando se trate de adoptar un criterio uniforme para evaluar aportes teóricos, si rechazamos globalmente a Engels y a Marx tenemos también que rechazar, sin apelación, a todos los autores que escribieron después de ellos y hasta nuestros días.

Un criterio tan extremo sólo puede ser formulado por quienes tengan de la historia de la cultura una visión fantasmagórica. El planteamiento debe hacerse con mayor sentido de la realidad.

Se argumenta, desde hace varias décadas, que después de Marx y Engels los autores ya no construyen, porque son inaceptables, sistemas globales con valor científico en la materia económica y en la sociológica. El funcional-estructuralismo estadounidense se pro-

puso expresamente, por ejemplo, elaborar una teoría de alcance medio, con lo cual creyó delimitar en forma bien precisa el contenido de la sociología, para dejar las opiniones de mayor alcance a lo que los sociólogos de esa escuela llamaron filosofía social.

En realidad, la tendencia existe en el siglo xx, pero hay excepciones, porque no son pocos los autores importantes que pensaron en términos de sistemas. Pero, en cambio, desde la crisis de 1920 y a lo largo de toda la gran transformación tecnológica que se inicia después de 1945 ni el mundo capitalista ni el socialista han producido contribuciones teóricas de calidad comparables a las de etapas anteriores.

Estoy planteando el tema en los términos más moderados, pero podría ser afirmativo. En muchas disciplinas científicas no sociales se ha entrado, desde hace decenios, en una etapa de transformaciones radicales en plazos muy cortos. En varias ciencias sociales el cúmulo de conocimiento nuevo es importante y en historia lo es en grado superlativo. Pero en teoría económica y en teoría sociológica los aportes llegados del mundo capitalista y del mundo socialista son insignificantes. No hay contradicción en lo que digo: se ha acumulado mucho conocimiento y se ha elaborado poca teoría.

Para los latinoamericanos esta situación debe tener un significado importante, porque la coyuntura histórica que vivimos exige de quienes trabajan en ciencias sociales aportes creadores.

10. En síntesis

No hay una teoría social válida en Europa e inaplicable en América Latina. Pero en la búsqueda de la lógica global de los procesos sociales —el descubrimiento de las leyes históricas, como se decía en el siglo xix— se van alcanzando escalas diferentes de generalización. Si una lógica aplicable a la realidad europea es parcialmente inaplicable para descifrar la realidad latinoamericana es probable que pueda elevarse a un nivel mayor de generalización que permita explicar satisfactoriamente tanto la realidad europea como la latinoamericana.

No se trata de un juego de ingenio, sino del proceso mismo de construcción teórica. El mejor conocimiento de la realidad latinoamericana permite comprender mejor la realidad europea. En otras palabras, cuando se llega una lógica igualmente satisfactoria

para comprender lo europeo y lo latinoamericano, se ha descubierto cómo comprender mucho más profundamente en particular tanto una realidad como la otra.

Este punto de partida nos autoriza, como latinoamericanos, a evaluar una de las grandes teorías globales generadas por el ámbito cultural europeo. Ni la reverencia ni el horror que provoca con frecuencia esa teoría pueden impedir que lo hagamos. Además, si lo hacemos es porque necesitamos reevaluar incesantemente lo que recibimos y lo que generamos, para que nuestra interpretación de la realidad latinoamericana esté cada vez más cerca de la verdad. En otras palabras, que sea más útil para transformarla, como diría el joven Marx.

Probablemente las partes más acabadas, más completas de la vasta obra escrita de estos clásicos sean su teoría del conocimiento y de las condiciones generales del desarrollo de la personalidad y la sociedad, así como el análisis de la estructura económica del sistema capitalista central. Ambos capítulos conservan una vigencia sustantiva para el análisis de la historia y de la realidad latinoamericana contemporánea.

Lo que, como miembros del tercer mundo, podemos juzgar como el capítulo más incompleto es, precisamente, casi todo lo referente al tercer mundo.

Incompletos, aunque más desarrollados, quedaron el análisis de la estructura social y el cuadro general de los modos de producción y de las formaciones socio-económicas.

Desde sus primeros escritos juveniles hasta los últimos esquemas inspirados en situaciones política inmediatas, se encuentra una multitud de observaciones y esbozos sobre clases sociales, partidos político, grupos y tipos de conflictos. Hay también, en cartas y artículos de uno y otro, algunas penetrantes observaciones sobre la configuración de las clases sociales en regiones coloniales. El último capítulo del tercer tomo de *El capital* está dedicado a las clases sociales, pero Marx sólo alcanzó a escribir un párrafo, según la reconstrucción que hizo Engels. Sin embargo, no sabemos con precisión si fue éste quien colocó allí ese párrafo y si se trata de los tantos esbozos de Marx hallados por Engels y que éste consideró que correspondía a lo que debió haber sido la última parte de la magna obra.

Lo cierto es que, dentro del conjunto de sus trabajos, la parte dedicada a la estructura social en el sistema capitalista central está

muy lejos del grado de desarrollo, de precisión y de profundidad alcanzados por el análisis de la estructura económica.

Casi todo lo que dejaron sobre modos de producción y formaciones socio-económicas está alimentado por ideas muy fecundas. Varios de sus planteamientos sobre el tema, en cambio, son inaceptables. Lo fundamental es la concepción elaborada por ambos y expresada por Engels, en el breve esquema que ya he citado, sobre la condición creadora del trabajo.

Las dudas que surgen se refieren a varios problemas sustantivos de información e interpretación. Así, la idea del *comunismo primitivo* se encuentra completamente superada por la investigación prehistórica y antropológica. Las anotaciones que dejaron sobre el *modo de producción asiático* no pueden hoy aceptarse sino como un primer esbozo en una materia que no es mucho mejor conocida a raíz de las investigaciones sobre las estructuras sociales y los tipos productivos que se vinculan con las organizaciones protoestatales.

La *esclavitud* requiere de otra ubicación histórica. Se confunde frecuentemente —como forma de organización del trabajo— con la servidumbre y se expande con extraordinaria fuerza en el amanecer del capitalismo. Más aún, se entrelaza inclusive con el salariado de la primera revolución industrial, como lo observan ellos en algunos párrafos.

La descripción del *modo de producción capitalista* que aparece en varios de los pasajes de Marx y Engels es incompleta y, por serlo, puede conducir a conclusiones equivocadas respecto de sus propias ideas básicas. Cuando en el proceso histórico el productor directo se ha visto despojado de los medios de producción y sólo puede, para subsistir, vender su fuerza de trabajo mediante un salario, parecería que Marx y Engels están describiendo el modo de producción de la Unión Soviética en nuestros días, con lo cual se reforzaría la tesis de que el régimen en ese país es un capitalismo de Estado y no un socialismo *sui generis*. Hay una falacia de fondo: es harto evidente que Marx y Engels no hubieran caído en esa confusión demasiado burda, porque el elemento que falta para completar el cuadro capitalista es la empresa de propiedad privada.

Otro elemento condicionante que no mencionan a veces, pero que está presente en toda su obra, es la evolución tecnológica, que hace imposible que el obrero industrial, por ejemplo, sea propietario de su instrumental productivo, como lo era el artesano.

Dentro de este vasto cuadro, también requiere mayor investiga-

ción el proceso que va generando un modo organizativo mientras el anterior continúa vigente. Se necesita un planteamiento mucho más amplio y complejo, que incorpore la vasta experiencia histórica acumulada en todo el mundo en el último siglo. Tampoco aquí puede ser útil, en nuestros días, la apelación a Hegel.

Tan incompleto como quedó el examen de la estructura social, resultó inevitable que el planteamiento del proceso político quedara trunco, si lo reconocemos así cuando se trata de reconstruir luchas por el poder en el pasado lejano, pensemos en las insuficiencias que surgen cuando aplicamos los conceptos básicos de Engels y Marx a los problemas más contemporáneos, como la actitud política de la clase obrera en los países capitalistas centrales, la reaparición del prejuicio racial hasta transformarse en una fuerza política de primera importancia y la función política del tercer mundo en un universo cuya complejidad ellos no llegaron a imaginar.

Para poner un punto final a estas breves reflexiones, lo más oportuno sería recordar algo que tal vez Marx y Engels nunca dijeron expresamente, pero que está presente en toda su obra y es que la investigación científica constituye un esfuerzo que jamás termina.

NOTA BIBLIOGRÁFICA

La carta de Marx a Vera Zussulich lleva la fecha del 17 de junio de 1881. Está incluida en la edición titulada *Cartas sobre El capital*, selección de Gilbert Badia, trad. de Florentino Pérez, revisión de Florentino Pérez y Jordi Marfá, Edime, Barcelona, 1968, p. 234.

"El papel del trabajo en el proceso de transformación del mono en hombre", de Federico Engels, redactado probablemente en 1876, está incluido en *Dialéctica de la naturaleza*, del mismo autor, trad. de Wenceslao Roces, Edit. Grijalbo, Barcelona, 1982, p. 142.

El origen de la familia, la propiedad privada y el Estado a la luz de las investigaciones de Lewis H. Morgan, apareció en alemán en 1884. Hay varias traducciones al español, entre ellas la de la Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1977.

El informe de Wu Rukang y Lin Shenglong, con el título "Peeking man" apareció en *Scientific American*, New York, June 1933.

“Arqueología y marxismo en México”, por Manuel Gándara, Fernando López e Ignacio Rodríguez, investigadores del Instituto Nacional de Antropología e Historia, de México, se publicó en el *Boletín de antropología americana*, del Instituto Panamericano de Geografía e Historia, México, No. 11, julio 1985.